

CAPITULO V.

NUEVOS DESORDENES EN ROMA.—HECHOS BRILLANTES DE CARLOS ALBERTO.—UNIDAD ITALIANA.

EN los bellos dias de la primavera, un domingo por la mañana, una multitud feroz, compuesta en parte de milicianos nacionales, y en parte de esa hez monstruosa de las ciudades, que vomitan los dias nefastos, se esparció por Roma, gritando contra el soberano Pontífice. Se queria, intimidándolo, forzarlo á declarar solemnemente la guerra al Austria. Todas las salidas de la ciudad estaban cerradas y guardadas por los cívicos. Pio IX, prisionero de los facciosos, intentó en vano calmarlos por una proclama, toda paternal; la irritacion estaba en su cumbre.

Gran número de cardenales, entre ellos Bernetti, de la Genga, Ostini, Vanicelli, y Simonetti, tienen sus habitaciones cercadas por el pueblo y son guardadas por centinelas de vista. Pio IX no podia sustraer de esta misma cautividad á los cardenales Mattei, Lambruschini, Gizzi y Patrizzi, que se encuentran en el Quirinal. Manda buscar en su carruaje tambien al cardenal de la Genga, por medio de su mayordomo; pero este último, perseguido por las invectivas del populacho, no escapa de su furia, sino por medio de graves peligros, gracias á la energía del coronel Salviati, hermano del príncipe Borghese. Llevaba orden de ir con el mismo objeto á casa del cardenal Bernetti; luego que hubo llegado á la puerta de su despacho, cuya entrada le prohibia el cívico, se encontró burlado por los facciosos, y se vió obligado á retirarse.

El Padre Santo llama al instante en socorro de Bernetti al general príncipe Rospigliosi; este general obedece, y parte, acompañado de monseñor de la Porta; pero los rebeldes no respetan mas á la autoridad militar que la autoridad religiosa; la charretera es tan insultada como la sotana.

El general, sin embargo, llega cerca del cardenal Bernetti, cuyos jardines se asolaban; llena atrevidamente su mensaje.

El prelado, firme y valeroso, rehusa creer el peligro: se resiste á dejar su habitacion, y esta decision lo salva; porque las armas de los cívicos estaban cargadas; y si hubiera salido de allí, hubiera sido fusilado á su puerta.

Estas escenas duraron tres dias; los clubs estaban en sesion perma-

mente; el ministerio Rechi habia dado su dimision. El populacho y los cívicos, señores absolutos del país, pedian que *ad instar* de Paris, Roma tuviese un *gobierno provisional*.

¡Ved aquí á lo que habian conducido gradualmente todas las generosas concesiones del Papa! ¡Ved aquí los frutos maravillosos que debia producir el *árbol de la vida* nombrado *constitucion*...! Las reformas no habian creado mas que el desórden, y la regeneracion era la anarquía.

La eleccion de los diputados habia tenido lugar constitucionalmente, y segun la costumbre, en medio de las intrigas y de la corrupcion; la fiebre revolucionaria estaba en su parasismo. El célebre Mamiani, el mismo á quien la clemencia de Pio IX habia llamado del destierro, es encargado de tratar con el noble cardenal Antonelli, una de las lumbreras de la Iglesia, y uno de los mas firmes sostenedores del Papa, para formar un nuevo ministerio. Presenta con habilidad algunos nombres honrados, porque su hipocresía afectaba todavía la moderacion. Propone entonces al cardenal Altieri como gefe del gabinete: despues, como esta eleccion hubiese merecido acojida, volvió la mañana siguiente á declarar á Pio IX, que decididamente el pueblo romano no queria ver mas á los sacerdotes en el poder. Exije sobre todo que el ministerio de relaciones extranjeras tenga los pasaportes bajo su inspeccion, y se ponga en manos de un lego. En efecto, esto llevaba el triple objeto de facilitar la entrada legal á todos los proscritos políticos, por el envío en regla de sus pasaportes, de hacer libremente la propaganda en el extranjero, y de comenzar la caida del poder espiritual.

Pio IX, que no era mas que la fantasma de un soberano, intentó conservar algunos pedazos de autoridad. Pidió que el ministerio de negocios extranjeros fuese dividido; y obtuvo que un lego desempeñase todo lo concerniente á los legos, y un eclesiástico, todo lo que tuviese relacion con la Iglesia.

Convenido este punto, fué escogido el cardenal Orioli para la primera parte, y el conde Marchetti para la otra. El ministerio, á escepcion de uno solo de sus miembros, fué en seguida compuesto solo de legos. El príncipe Doria obtuvo la cartera de guerra, Mamiani la del interior, el radical duque de Raguano, la de trabajos públicos, el abogado Galetti la de policia, y en Marzo de 1848 entró este gabinete á funcionar.

Las salidas de tropas, para la cruzada contra el Austria continuaba por todas partes. El general Laugier, á la cabeza de seis mil voluntarios toscanos, se habia batido valerosamente en *Custatone*, y en *Montamara*; pero á pesar de los triunfos de su pequeño ejército, habia sido puesto en derrota al fin de Mayo: Montanelli, herido y hecho prisionero en este último

comabate, había sido trasportado á la ciudadela de Mantua: la noticia de su muerte se había esparcido al mismo tiempo en Toscana, y su país le había hecho funerales.

Por esta misma época, Michiawiez se presentaba ante Milán con un destacamento de polacos; Durando con sus legiones creía marchar contra los austriacos á un porvenir lleno de gloria; el general Pepé había dejado á Nápoles, con un ejército de cerca de doce á quince mil hombres; y el 16 del mismo mes, cuatro mil napolitanos mandados por el general Statella, entraban vencedores en Bolonia.

El coronel La Massa, llegado á Ferrara, á la cabeza de noventa sicilianos, y sublevado contra su rey, pretendía sitiar la ciudadela (1): "treinta normandos, decía, han bastado en otro tiempo para conquistar el reino de Nápoles." Encontrados, pues, sus soldados en mucho mas número ante Ferrara, había enviado los ciudadanos para defender á Treviso, contra el ejército austriaco. La Massa no tuvo entonces la dicha, ciertamente, de tomar á Ferrara; pero mas tarde, en desquite, en Desina tuvo la gloria de..... huir.

Después que la república había sido proclamada en Venecia, cada ciudad y cada aldea del reino se habían emancipado del yugo austriaco.

Las fortalezas de Palusanova y Ossoppo, situadas sobre la frontera de Italia, del lado de Trieste, estaban en poder de Manin.

La plaza importante de Udisca, del lado de Corintia, había seguido el levantamiento general.

En Padua, en Treviso y en Vizenza, habían tenido lugar los mismos triunfos.

Y la antigua ciudad de Doges, se creía vuelta á los antiguos días de su independencia: la república había triunfado.

Entre tanto, el rey de Cerdeña, franqueando el Mincio, había abierto la campaña brillantemente. La Italia Roja publicaba en las cuatro partes del mundo, que una victoria decisiva en el puente de Goito, había inmortalizado sus banderas, y que ante las trompetas del ejército piomontés, corriendo á la tierra prometida, iba á ver Carlos Alberto caer todas las murallas de Jericó, por otro nombre Mantua y Verona.

En los boletines de los triunfadores, esparcidos en Roma y Nápoles, se leían las novedades siguientes:

— El ejército austriaco ha dejado de existir.

— Cuarenta mil prisioneros se han prosternado ante la gran espada de la Italia.

(1) Crónica popular pág. 156.

— Radetzky, teniendo partidas las dos piernas, há sido atado á la cola de su caballo, á las aclamaciones del ejército.

— Mantua está tomada.

— Verona se ha rendido.

— Venecia ha celebrado estos triunfos con iluminaciones maravillosas (1).

— Nos hemos apoderado de todos los cañones del enemigo, de todas sus banderas y de todos sus bagajes.

— El número de muertos es incalculable (2).

Y toda la vez, que algunas personas habían querido computar el número de muertos y heridos austriacos, según las versiones publicadas, sacándolo de los boletines, ascendía á siete mil ochocientos cincuenta mil hombres. ¡Cuán inconmensurable triunfo! ¡No se había visto jamás cosa semejante!

Después se anunciaba oficialmente á la Europa, que ejércitos incalculables también, llegarían de todas partes al cuartel general del héroe libertador. De aquí partían treinta mil hombres; de allí cuarenta mil; de otras partes veinte y cinco mil; de mas lejos sesenta mil; de otra parte ochenta mil; de ésta cincuenta mil. A la derecha, un país todo entero; á la izquierda, todas las poblaciones en masa: Mr. de Lamartine enviaba cien mil hombres á Carlos Alberto, los había prometido al general Pepé (3); y todo esto hacían millones de sables y bayonetas; y todo esto auguraba tanto mas la victoria, cuanto que se aseguraba que no había ejército austriaco. ¿Para qué entonces tantas fuerzas?

Las narraciones de los mazzinianos, sin embargo, no eran enteramente fabulosas. El rey de Cerdeña veía, en efecto, presentarse todo á medida de sus deseos; su ejército efectivo había llegado á noventa mil hombres (4); había deshecho los austriacos en Pastrengo, los batió de nuevo en Santa Lucía, y sus soldados se cubrieron de gloria; el enemigo iba de desastre en desastre.

La insurrección italiana había estallado á la vez del Tessin al Isonzo, del Pó á los Alpes. En Cóna, la guarnición había sido obligada á rendirse; en Bérgamo se había retirado casi en fuga. Pavia, Cremona y Pizzighattonne, espulsaron los austriacos. En Monza, uno de los batallones de

(1) Se iluminó tres veces por la rendición de Verona.

(2) El boletín impreso y fijado, anunciando la toma de Mantua, estaba adornado con un soneto estupendo; los detalles del combate eran prodigiosos; había sido mas maravilloso que la toma de Troya.

(3) Historia de las revoluciones de Italia, pág. 22.

(4) La Toscana le había enviado de cinco á seis mil hombres, los romanos diez y siete mil, Nápoles quince mil, Parma y Módena tres mil, y de todas partes le llegaban voluntarios.

Radetzky estaba prisionero de guerra; *Brescia* hacia capitular á sus dominadores, despues de haberles tomado dos generales y muchos oficiales. En fin, la victoria de *Goito* habia venido á añadir una palma de mas á la corona de los vencedores.

La tarde de este memorable dia, Cárlos Alberto intimaba sobre el campo de batalla la rendicion de la importante fortaleza de *Peschiera* (1). Este era un inmenso triunfo. Entusiasmado el ejército sardo, elevó al instante hasta las nubes el nombre del libertador de la Lombardia veneciana; y el rey de Cerdeña, en medio de las aclamaciones de los pueblos y del ejército, se vió saludar rey de Italia (2).

La estrella del rey Cárlos Alberto radiaba entonces con la mas viva brillantéz; todo parecia presagiarle los mas brillantes destinos; pero le habria sido necesario un genio á la altura de su posicion, y la Providencia no se lo habia concedido.

Agobiado por sus triunfos, no supo aprovecharlos. Como de costumbre, le faltó la resolucion. Los *Te Deum* fueron cantados con una pompa solemne, y ningun partido se sacó. Viendo á la fortuna que se arrastraba á sus piés, olvidó que tenia alas.

Los austriacos en todas partes se batian en retirada ante él; se creyó el árbitro de los destinos de la península.

La Lombardia estaba á punto de declararse provincia piamontesa (3), y la Venecia debia seguir el mismo ejemplo (4). Parma y Módena se habian dado al Piamonte; Cárlos Alberto les juntaba ya á Florencia allá en su imaginacion; y le parecia evidente que la Toscana no podia mantener sobre su trono una familia austriaca, cuando se habia jurado una guerra de esterminio á toda la raza tudésca: despues los Estados pontificios redondearon admirablemente el imperio del moderno César: ¿no se publicaba altamente en los clubs, que el poder temporal no convenia á un papa del siglo XIX, y que Pio IX podia muy bien contentarse con el obispado de Roma y rentas inmensas que le pagaria el conquistador de la península? En seguida, ¿no podria descender hácia Nápoles? La Sicilia pedia á grandes voces un nuevo reinado, y se podian revolver los calabreses. ¡Oh! El maravilloso país de Fernando II, seria el complemento indispensable á los triunfos del Alejandro en esperanzas, y del Napoleon en ciernes. . . . ¡Ay! Aunque en cuadro mas vasto, todo esto recordaba la

(1) *Peschiera* capituló por falta de víveres.

(2) Hist. de la insur. y de la camp. de Ital. en 1848, p. 81.

(3) Esto tuvo lugar el 13 de Junio de 1848.

(4) Los diputados de Venecia llegaron con esta mision el 14 de Junio.

Perrette del buen Lafontaine: Radetzky, *fábula* aparte, iba á el jarro ó la leche.

Cárlos Alberto estaba en este momento en el apogeo de su gloria; pero no era para dar palmas á un rey, por lo que los hombres de la *república* habian sublevado la Italia. Por todas partes se organizaban guardias nacionales, y haciéndose cada uno soldado, resultaba que no habia una persona libre. Estas parodias de ejércitos, en que todo individuo se convertia sin derechos, sin trabajos y en pocos instantes, en capitán, coronel y general, arruinaban el viejo espíritu militar, y degradaban las verdaderas charreteras.

Durante este tiempo, la prensa roja, en lugar de secundar los esfuerzos del rey libertador, no se ocupaba mas que del porvenir de los demagogos triunfantes. El ejército era insultado como instrumento despótico; Cárlos Alberto era infamado como tirano militar. No se hablaba mas que de igualdad y fraternidad: ya no se trataba de monarquía y heroísmo. Una guerra sorda se declaró implacablemente contra la aristocracia de las victorias que intentaba elevar un gran soberano en lugar de fundar una gran república. La aberracion estaba en las ideas, la perversidad en los corazones, y la ceguedad por todas partes.

Milán, secretamente aquejada, se indigna al pensamiento de que Turin pudiera venir á ser la capital futura del héroe piamontés, y esclama soberbiamente: "¿Para qué tenemos necesidad de este hombre? Nosotros nos bastamos á nosotros mismos."

El país lombardo no se unió mas á Cárlos Alberto: Pio IX habia abandonado su causa. Los diarios continúan sus ataques; se esfuerzan en dar un golpe mortal á la fuerza militar, matando la disciplina. Cárlos Alberto está muy lejos de tener el necesario carácter, para poder á la vez imponer silencio á la prensa, resistir las borrascas de la revolucion, y hacer frente á los azares de la guerra. Su cabeza se pierde en medio del desorden de los espíritus que se unen al tumulto de los campamentos, y ya palidece su estrella.

Viena, espantada, le propone la paz: en esta época, en la triste posicion en que se encuentra esta capital, hubiera acordado la independencia de la Lombardia á trueque de algunas sumas de oro; se habria contentado con Venecia, y el tratado hubiera sido glorioso para el rey de Cerdeña; pero estas proposiciones indignan á Mazzini, y fueron desdeñosamente repelidas.

Cárlos Alberto habia recibido todos los esfuerzos que podia esperar. Se esperaba en Nisa al famoso Garibaldi, valeroso filibustero, que se habia concedido por sí mismo las charreteras de general, y llegaba de

América con una centena de aventureros que habian combatido con él en Montevideo. El ejército sardo estaba en gran complemento. En lugar de aprovechar sus primeras victorias atacando vigorosamente á los austriacos desmoralizados, pasando rápidamente el Adige, y aprovechando las ventajas que le ofrecian Venecia y la escuadra sardo-veneciana, Carlos Alberto, perdiendo un tiempo precioso en sitiar las fortalezas, permaneció inactivo á vista de *Mantua*. Asentada en medio de las aguas y de los pantanos, esta plaza era inconquistable.

¿Mas cuál era el plan de campaña entre los poderosos coligados? ¿Debian todos ellos combatir por el interes del rey de Cerdeña, ó cada uno por su cuenta particular? ¿Obrarian de concierto con Carlos Alberto, ó aisladamente sin contar con sus votos? ¿Seria ejército independiente ó tropa auxiliar? ¿A qué acta de supremacía era preciso obedecer?

Los romanos, los toscanos, los sicilianos, los modenese, los napolitanos, los parmesanos, los venecianos, lo mismo que las gentes de Monaco, ¿deberian entrar en la misma categoría, adoptar la misma mancha, y jugar el mismo papel? Pero entre estos aliados de diversos géneros habia gefes, que tanto resistian someterse á la dominacion sarda, como á la tiranía austriaca; habia almas monárquicas que no permitirian invertir las viejas instituciones del país, por innovaciones equívocas. ¿Carlos Alberto se imaginaria, que los pequeños soberanos de la Italia no habrian tomado las armas sino para facilitarle los medios de reunir sus coronas á la suya? ¿No estaban ellos, por otra parte, fuertemente garantizados por Mazzini, de las opiniones republicanas que no querian reyes en parte alguna? ¿Cómo armonizar esta confusion de votos... cómo conciliar tantas exigencias opuestas...? ¿Qué tenebroso caos que despejar...! ¿Cómo, en fin, circular remedio en este intrincado laberinto, donde se encontrarán tantos Minotauros para devorar, y ni un ovillo de hilo para conducir...?.

Y admitiendo que los austriacos fuesen para siempre espulsados, ¿en provecho de quién era esta gran obra? ¿Qué hacer de la Lombardia? ¿Qué hacer de toda la península entera? ¿La famosa *unidad italiana*, es de las cosas posibles?

Por otra parte, Milán no querrá ser un barrio de Turín; Palermo tiene la pretension de separarse de Nápoles.

Génova la soberbia está colocada muy alto, para no aspirar á secundar el fuego de la *metrópoli sarda*.

Florenzia tiene demasiada dignidad para descender á ser vasalla de *Roma*.

Módena, llena de desdén por *Bolonia*, se avergonzaria de ser colocada

despues de *Parma*, que de su parte repelerá con indignacion la idea de ser mandada por la *corona de hierro*.

Liorna es una grande notabilidad comercial para no ambicionar ser *puerto franco*, ó *ciudad libre*.

La república de *San Marino*, no ha de querer ser incorporada á un estado monárquico.

Monaco acaba de darse una carta fundamental, y deberá necesariamente quedar siendo poder constitucional aparte.

¿Y *Mantua la inconquistable*? ¿no tendrá el derecho de declararse ciudad de primera clase?

Nisa no debia realmente depender mas que de ella misma.

¿Y *Venecia*! ¿podria entrar en una organizacion general en otro concepto, que como independiente de todo reinado?

¿No es preciso, pues, que cada una de estas ciudades sea una capital fuera de toda rivalidad vecina? ¿Cómo amalgamar estas masas de vanidades, que todas se levantan furiosas á cada imperdonable atentado contra su soberanía recíproca? ¿Qué Babel en construccion!

Evidentemente, el acuerdo general de Italia, en seguida de su emancipacion, tenia un combate á muerte entre todos los países libertados.

Estas mismas reflexiones habrian debido preceder á los armamentos patrióticos: hubiera sido sabio y razonable meditar antes de proceder; pero...; *la sabiduria*...!; *la razon*...! Bagatelas insignificantes, virtudes eminentemente retrógradas. Han debido abstenerse de pensar; las objeciones fueron miradas como antipatrióticas.

“*¡A las armas, á las armas!*” continuaba gritando el entusiasmo público: y todo por la guerra sagrada, sin tener cuenta de lo que antes existia, no se combina ni lo que debia hacerse mientras, ni lo que debia resolverse despues. Se marcha en busca de aventuras; y sobre el océano de las casualidades, á traves de escollos sin número, la imposibilidad fué el objeto, la estravagancia el piloto, y el vértigo la brújula.

Plenipotenciarios de Florenzia y Nápoles habian sido enviados á Roma para tratar del *porvenir italiano*; pero Carlos Alberto, por el órgano de su ministro Pareto, se habia contentado con responder estas arrogantes palabras:

“Pensarémos en los tratados cuando háyamos obtenido las victorias.”

(1) Pope. *Historia de las revoluciones de Italia*, pág. 408.
(2) La *opinion pública* habia cesado de ser un poder, segun las instrucciones de Mazzini por demorarse.